

El tiempo es una imagen móvil de la eternidad.

PLATÓN



PRÓLOGO

La niña había sido una de las últimas víctimas de la epidemia.

La habían dejado en un camastro que se encontraba al fondo de la enfermería, al lado de una de las ventanas que daban sobre los descuidados jardines. Era una habitación pequeña y mal ventilada, sin más muebles que las estructuras de hierro que sostenían el agonizante peso de los enfermos, unos cuantos armarios adosados a la pared, con las medicinas y los rollos de vendas que los médicos pedían a cada momento, y una silla de tres patas en la que permanecía sentada una enfermera. El altísimo techo de la estancia se encontraba saturado de manchas de humedad, como si llorara cada una de las muertes que se habían producido entre sus paredes. Y habían sido demasiadas muertes en las últimas semanas.

Lo único que se escuchaba era el canto de las cigarras a través de los cristales. No se veía a nadie más en la habitación; los empleados de la morgue se habían llevado hacía tiempo a los últimos cadáveres y no quedaba más que hacerse cargo de la niña. Desde su cochambrosa silla, Carla Federici, la enfermera, no podía dejar de mirar con aprensión la pequeña silueta cubierta por la sábana. Los pliegues se amoldaban perfectamente a las formas de su cuerpecillo y delineaban la curvatura de su pequeña nariz y los pies desnudos que sobresalían por debajo de la tela. *Si no vienen a llevársela de una vez me volveré loca*, pensó mientras daba vueltas nerviosamente entre sus delgados dedos al rosario que sostenía sobre su uniforme, de un blanco immaculado. *¡Necesito salir de este infierno!*

Nadie comprendía por qué la epidemia de cólera más devastadora de la centuria tenía que haberse dado en una ciudad costera tan tranquila como Civitavecchia. No se sabía de dónde habían venido los primeros afectados, ni por qué la peste se había propagado con una rapidez que había dejado sin palabras a la totalidad de los rotativos italianos. En aquel verano de 1891 ha-

bían muerto más personas en la localidad que en un año entero, y las cifras no hacían más que aumentar. Las casas de curación no conseguían contener a más enfermos, y lo mismo sucedía con los dos hospitales y hasta con el orfanato, que se había quedado en unos días sin las tres cuartas partes de su alumnado. La agobiante ola de calor no hacía más que empeorar las cosas, si es que realmente podían ir a peor. Casi todos los supervivientes habían preferido marcharse de Civitavecchia antes que seguir los pasos de sus familiares muertos, y nadie en su sano juicio se atrevería a echarse en cara. La misma Carla Federici había tenido que despedirse dos semanas antes de Laura y Cristina, sus hijas de seis y ocho años, respectivamente, después de que decidiera enviarlas a la casa de campo que tenía una de sus tías a las afueras de Cerveteri. Ahora no dejaba de contar las horas que faltaban para estrecharlas de nuevo entre sus amorosos brazos. Por lo menos le quedaba el consuelo de que no habían acabado como la niña que descansaba para siempre debajo de la sábana. La mala suerte no podía ensañarse más con ella, pensó mientras pasaba una a una las cuentas de su rosario. La muerte de su marido aún pesaba como una losa sobre su espíritu. Si su Domenico siguiera con vida, Carla no tendría que haber aceptado un empleo que la ponía todos los días al borde del sepulcro. Si hubiera...

Algo rompió de repente el hilo de sus pensamientos. Al levantar la cabeza reparó en una sombra que acababa de recortarse sobre la puerta que conectaba la enfermería con las demás alas del hospital. No pudo reprimir un suspiro de alivio mientras se ponía en pie. Debía de ser el empleado de la morgue que había acudido a llevarse a la niña. Le resultó un poco raro encontrarse con alguien tan vivo en medio de tanta muerte. El hombre no era demasiado alto, pero tenía un pecho robusto y una cara amable que a duras penas se podía distinguir debajo de su poblada barba, veteada por unas cuantas canas prematuras.

—¡Ya era hora! —le dijo la señora Federici en un susurro, un tono de voz que se había acostumbrado a usar durante toda la cuarentena. Casi parecía un sacrilegio hablar con normalidad en un sitio tan desolador—. Pensaba que no vendría nunca. ¿Qué ha ocurrido?

—Discúlpeme —le dijo cortésmente el hombre, desprendiéndose de su boina—. No se hace una idea del trasiego que hay. Casi no se puede avanzar en medio de tantos coches.

—La gente está desesperada por abandonar la ciudad. Pronto se quedará despoblada.

Y no me dará ninguna pena que sea así, pensó la enfermera con una amargura que le encogió el corazón. No pienso volver a pisar este antro por mucho que me paguen.

—Tenía entendido que el doctor Tosso era el encargado de esta sección —comentó su compañero después de unos segundos de silencio en los que dejó vagar su mirada por la enfermería, con cierto interés—. Confiaba en poder cambiar unas cuantas palabras con él.

—Tosso ha tenido que marcharse con los demás médicos. Hay una enorme cantidad de papeles por firmar. Le asombraría saber cuántos problemas burocráticos causa la muerte.

—¿Y no quedan más enfermeras en este sitio? ¿Es usted la única que permanece aquí?

—Sueno heroico, ¿verdad? En realidad no me ha quedado más remedio. Soy la última a la que contrataron antes de la peste. Eso me convierte en la que menos derecho tiene a protestar, aunque no dejen de pensar en mis propias hijas. Sobre todo teniendo delante todo el tiempo a esa criatura. —Señaló con un gesto de su barbilla el pequeño montículo cubierto por la sábana—. Supongo que será mejor que acabemos cuanto antes. Sígame...

Le condujo por entre las hileras de camastros desvencijados hasta detenerse junto al único que se encontraba ocupado. Dudó antes de levantar la sábana, aunque si alguien le hubiera preguntado por qué lo hacía no habría sabido contestarle. No era por miedo a la muerte; había tenido que acostumbrarse a tener cadáveres cerca todo el tiempo si era la única manera de dar de comer a Laura y Cristina. Sacudió la cabeza, repitiéndose que estaba comportándose como una tonta, y apartó la sábana para presentársela al hombre.

Era lo mínimo que podía hacer después de lo mucho que se había encariñado con la pobre niña. Le escuchó contener el aliento, y no le costó adivinar el motivo. No parecía encontrarse muerta. Tenía la piel blanca como la nieve, en lugar de amari-

lenta como la mayoría de los apestados que la señora Federici había visto morir en aquella habitación. El sudoroso cabello rubio le llegaba hasta más allá de la cintura y caía en desordenadas guedejas sobre su pecho desnudo, enmarcando un rostro que podría haber adornado una de las cantorías de Donatello o Luca della Robbia. Era de una belleza demasiado dolorosa para ser un rostro completamente humano. El hombre se acercó en silencio al cabecero de la cama. Aunque no dijo ni una palabra supo que compartían la misma fascinación.

—Era bonita, ¿verdad? —musitó la señora Federici. Había apretado los brazos contra su pecho—. Habría sido muy guapa si hubiera vivido unos cuantos años más. Me imagino a los hombres haciendo toda clase de locuras por ella. Una italiana tan rubia, tan pálida...

—Sin duda era el orgullo de sus padres —susurró su acompañante—. ¿Qué fue de ellos?

—Murieron la semana pasada, los dos. No pudieron despedirse de su hija. —La señora Federici suspiró, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Al menos no ha tardado demasiado en seguirlo s. Ha sido lo mejor, ya que la pobre estaba sufriendo muchísimo. A una se le parte el alma en estos casos. A las seis menos veinte dejé de escuchar su respiración y...

—Es muy injusto —susurró de repente el hombre. A la señora Federici le sorprendió un poco darse cuenta de que se le habían humedecido los ojos, que eran de un profundo azul.

—¿A qué se refiere? ¿A que tengamos que ver morir a niños tan pequeños?

—No —replicó él, frunciendo un poco el ceño—. A que algunas madres puedan partir antes de presenciar cómo la muerte les arrebatara lo que más quieren. Eso es un privilegio.

La enfermera parpadeó, aunque no dijo nada. Siempre se había imaginado a los que trabajaban en las morgues como unos individuos toscos y curtidos, poco dados a los arranques melodramáticos. Pero parecía haberse equivocado, por lo menos en el caso de la persona que ahora tenía ante sus ojos. Se quedó mirando cómo se inclinaba más sobre la pequeña, sin dejar de contemplarla con manifiesta admiración. Alargó una mano para acariciar su revuelta melena, que se deshacía en destellos

de oro bajo los rayos del sol, y colocó las puntas de los dedos sobre sus párpados. Al levantarlos cuidadosamente vieron que sus ojos también eran azules, aunque habían perdido por completo su brillo. Parecían los de una muñeca abandonada por su dueña durante años dentro de un trastero oscuro.

—Preciosa —le oyó susurrar al hombre, muy bajito. Dejó que sus párpados volvieran a velar sus pupilas—. Perfecta —siguió diciendo—. Y tan muerta como el clavo de una puerta.

Entonces la envolvió con la mayor delicadeza en la sábana, asegurándose de que la sucia tela amarillenta la cubría completamente, y se incorporó con ella en los brazos. No parecía acusar su peso más de lo que lo haría con un recién nacido. *Dentro de unos días no quedará nada de ti*, pensó la enfermera mientras la pequeña cabeza se balanceaba inanimadamente sobre los poderosos antebrazos del hombre, *nada más que unos pocos huesos aplastados por un montón de tierra sobre el que nadie te dedicará un epitafio*. Se sorprendió al sentir que una lágrima le resbalaba por la cara, y se apresuró a secársela con los dedos, dándole la espalda al hombre. Aquello era completamente ridículo, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de personas a las que había visto morir últimamente.

—Me imagino que la llevarán a la misma fosa que a sus padres. Pasará un buen tiempo antes de que la gente de Civitavecchia se atreva a acercarse, pero para entonces no habrá nada que les recuerde lo que ha pasado en este hospital. Los supervivientes olvidan muy pronto. Además... —Se quedó callada al darse cuenta de que estaba hablando sola. Se dio la vuelta para encontrarse con que no había nadie en la enfermería. El hombre y la niña habían desaparecido como por arte de magia—. ¿Oiga? —llamó en voz alta—. ¿Se ha ido ya?

Nadie le contestó. La señora Federici dio unos cuantos pasos entre los camastros. Se agachó para mirar por debajo de las estructuras de hierro, y se asomó a la puerta por la que se accedía al resto del hospital, pero no se encontró con nadie, ni vivo ni muerto. Era como si la tierra acabara de tragárselos a los dos. Como si acabara de imaginarlo todo.

Qué tipo más extraño, se dijo encogiéndose de hombros, *uno de esos que no parecen pisar el mismo suelo que los demás. Me pre-*

gunto por qué nunca nos lo habían enviado. Parecía muy comprensivo. Estaba a punto de regresar a su silla cuando oyó precisamente lo que había tratado de escuchar antes: unos pasos en el corredor.

Se acercó de nuevo a la puerta. Esta vez no era un hombre el que caminaba hacia la enfermería, sino dos; y además saltaba a la vista que estaban extenuados por la ascensión desde la ciudad. Unas enormes manchas de sudor salpicaban sus camisas reman-gadas.

—... y dile que por el momento no nos prepare más ataúdes. Esta gente no los necesita tanto como los demás. Unas cuerdas para atar la sábana antes de que les echen la cal y...

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó la enfermera con perplejidad—. ¿Qué hacen aquí?

Los desconocidos se detuvieron. El de edad más avanzada se quedó mirándola, y se llevó una mano a la gorra, que amenazaba con resbalar por su frente empapada de sudor.

—Sentimos haberla asustado, señora. Venimos de la morgue. Nos han dicho que aún queda una a la que llevar a la fosa. Yo soy Franceschi —agachó la cabeza un momento—, y este de aquí es Vincenzo, mi ayudante. Hemos procurado llegar lo más pronto posible.

El más joven asintió. Era un individuo oscuro y achaparrado, con los ojos demasiado saltones en comparación con el resto de su rostro. A la señora Federici le recordó a una especie de rana que acabara de alzarse, con un enorme esfuerzo, sobre sus ancas traseras.

Abrió y cerró la boca varias veces, aunque le llevó un momento recuperar la voz.

—Tiene que tratarse de un error. Nosotros no esperamos a nadie más esta mañana...

—¿No avisaron a nuestro jefe de que la epidemia acababa de cobrarse otra víctima?

—No... es decir, sí, así ha sido... una niña pequeña, la última en morir. Pero uno de sus colegas la ha llevado a la fosa hace apenas unos minutos. Habrá sido un malentendido.

Los dos hombres se quedaron mirando a la enfermera como si les hablara en arameo.

—¿Cómo que uno de nuestros colegas? —preguntó Franceschi pasados unos segundos.

—Tienen que conocerle. Deben de haber estado a punto de cruzarse con él. Es un tipo moreno, con una barba muy poblada y los ojos azules... alrededor de los cuarenta años...

—Nunca había escuchado hablar de alguien así. No hay ningún empleado parecido en nuestra morgue. Además, ahora los únicos que están haciéndose cargo del trabajo sucio somos Vincenzo y yo. A los demás les ha faltado tiempo para largarse de la ciudad.

—Puede que el jefe esté haciéndose de oro con la epidemia —apuntó Vincenzo—, pero no creo que contrate a nadie más sin avisarnos. —Se quedó callado de repente y levantó la mirada hacia su compañero—. No lo haría, ¿verdad? —preguntó con algo de inquietud.

—Qué va a hacer —farfulló Franceschi—. Lo que pasa es que alguien se ha hecho pasar por uno de nosotros para marcharse con la muerta mientras subíamos la maldita colina.

A la señora Federici se le abrió la boca como si fuera un pez. Una extraña neblina se le posó sobre los ojos, y el suelo se movió bajo sus pies mientras se daba cuenta de lo que había sucedido. Antes de que pudiera reaccionar percibió con el rabillo del ojo cómo se cerraba una de las puertas del corredor, y al volverse en aquella dirección reconoció a un hombre que se pasaba una mano por la cara con aire de cansancio. Su larga bata blanca revoloteaba alrededor de sus tobillos. La enfermera no pudo ahogar un suspiro de alivio.

—¡Doctor Tosso! ¡Gracias al cielo...! —Echó a correr hacia él, y los empleados de la morgue la siguieron sin conseguir disimular su recelo—. ¡Ha ocurrido algo muy extraño!

En pocas palabras le contó lo que acababa de presenciar. El doctor Tosso no movió ni un músculo mientras la escuchaba. Su rostro podría haber estado esculpido en basalto como los de los antiguos faraones; y era un rostro bastante hermoso, aunque casi nadie recordaba haberle visto sonreír en los quince años que llevaba trabajando en el hospital.

—Espere, espere un momento... ¿está diciendo que alguien nos ha robado un cadáver?

La señora Federici asintió, apretando una mano contra su

boca. En los ojos de Tosso brilló una chispa de desconcierto que no tardó más que un segundo en retroceder ante su sentido común. Era un hombre de mundo, poco dado a las fantasías y las supersticiones.

—Me temo que delira usted, señora Federici. Ha pasado demasiado tiempo encerrada entre estas paredes. —Y mientras decía esto puso una mano sobre uno de los hombros de la enfermera—. Tiene permiso para marcharse con sus hijas ahora que aún puede hacerlo.

—¿Es que no me cree? —exclamó la señora Federici. La situación cada vez le parecía más extraña. ¿Acaso aquel hombre no era consciente de las consecuencias que tendría un hecho como el que acababa de suceder si llegaba a oídos de alguien? De los familiares de la niña que siguieran con vida, por ejemplo—. ¿Cómo puede pensar que lo he soñado todo? —siguió preguntando—. ¿No se da cuenta de que ha pasado hace unos minutos? Yo estaba sentada en la enfermería, como todas las mañanas, en uno de los rincones, y la niña había muerto pese a que hice lo imposible por ayudarla. Vi cómo se apagaba durante horas hasta que finalmente se marchó de mi lado. Puedo decirle la dosis exacta de los calmantes que tuve que administrarle. Lloraba mientras llamaba a su madre todo el rato...

—Creo que ha estado sometida a mucha presión. La he visto cabecear cuando pensaba que se encontraba sola. Esta situación ha resultado ser más dura de lo que imaginábamos.

—Oiga, yo no estoy inventándome ninguna muerte. Pregúntese a los médicos que pasaron la noche en la enfermería. ¡Ha habido una niña rubia agonizando en ese camastro!

El doctor se limitó a cruzar los brazos sobre su pecho. Nada pareció cambiar en su expresión, y a la señora Federici la asaltó la desesperante certeza de si no convendría ponerla en observación. ¡No creía ni una sola de sus palabras!

—La puerta —dijo mientras se hacía en su cabeza una repentina luz. Se preguntó por qué se había quedado quieta en el corredor todo aquel tiempo—. ¡No puede estar lejos del hospital! ¡No le habrá dado tiempo a marcharse! ¡Venga conmigo antes de que sea tarde!

—Le repito que es imposible —protestó el doctor Tosso mien-

tras la enfermera agarraba sus faldas blancas para correr hacia la puerta principal. La siguió más por asegurarse de que no cometía ninguna locura que por creer en lo que decía—. Yo mismo me encontraba en la entrada hace un momento. Estaba despidiéndome de otro de los doctores y le juro que no he visto a ningún hombre como el que me describe. ¡Y no hay ninguna otra puerta!

La enfermera no le contestó. Jadeante, se detuvo en el primero de los escalones de la entrada, tanteando con la mano en la pared para dar con un punto de apoyo. Escuchó al doctor detenerse a sus espaldas y a los empleados de la morgue cuchichear en voz baja.

—No será la primera vez que pasa algo así. El mundo está lleno de desaprensivos que se aprovechan de estos golpes de suerte para hacerse con los despojos de los muertos. Un diente de oro, una pata de palo... cualquier cosa sirve. Hasta podría sacar algún dinero vendiéndola como carne fresca a uno de esos teatros anatómicos o escuelas de medicina.

—No sea absurdo —le increpó Tosso, claramente ofendido en su orgullo gremial—. Esas prácticas medievales no tienen cabida en el mundo moderno. ¡Estamos en el siglo XIX!

—¿Dicen que la niña era rubia? —preguntó el otro, rascándose la barbilla—. Pues ahí lo tienen. Dentro de unas horas habrá una vieja medio calva de Civitavecchia pavoneándose con su nueva peluca delante de un espejo. Eso sí, del cuerpo nunca se sabrá nada más...

Se quedaron callados. Contemplaron a la enfermera mientras recorría ansiosamente con su mirada la vasta extensión que se extendía ante sus ojos, los campos marchitos por el implacable sol de agosto y el montón de tierra revuelta que se distinguía a la derecha, donde abrieron la fosa cuando murió el primer apestado. No había rastro del desconocido ni de su preciosa carga. El único movimiento era el de las alas negras de una bandada de cuervos que sobrevolaba la tumba comunal, atravesándoles los oídos con sus graznidos.

—A lo mejor no le interesaba vender ni su pelo ni sus dientes —oyeron susurrar al más joven de los sepultureros—. Hay gente muy retorcida. Aunque no fuera más que una cría...

—Cierra la boca —le interrumpió su superior—. Esta gente ya tiene bastantes problemas.

La señora Federici se llevó las manos a la cara. No podía creer lo que había pasado delante mismo de sus narices. Se sentía como si aquel desaprensivo se hubiera llevado a su Cristina o a su Laura. Pensó en la madre de la chiquilla, sepultada entre capas de cal y de tierra, a apenas unos metros de distancia de donde se encontraban, y se estremeció al imaginar el horror que aquello habría supuesto para ella, si hubiera sobrevivido a su pequeña. Nunca más sabría qué había sido de aquella pobre criatura que el día anterior le había sonreído con esfuerzo mientras la ayudaba a beber de un vaso de agua. Tosso, que parecía darse cuenta de lo que estaba pasando por su mente, se acercó un poco más para darle unas torpes palmaditas en el hombro, aunque la señora Federici ni siquiera lo notó.

Debían avisar a las autoridades de lo que acababa de suceder. No podía encontrarse muy lejos de allí. Tal vez, si actuaban a tiempo, lograrían localizarle antes de que saliera de la ciudad. Civitavecchia no era precisamente grande, y nadie sería capaz de desaparecer del mapa como lo había hecho aquel desconocido, llevándose a otra persona con él...

Nadie, a menos que fuese un mago... o un demonio con el rostro de un ángel...